

Genealogía y retornos del saber: Pensamiento, posición y *posicionalidad* frente al objeto de investigación

Genealogy and the Returns of Knowledge: Thought, Position and
Positionality before the Object of Investigation

Emilio García Martínez

Instituto Superior de Ciencias de la Educación del Estado de México (ISCEEM)
E-mail: garemil_10@hotmail.com

Resumen: La genealogía es *gris* porque refiere a lo fundado en documentos; su tarea consiste en captar los retornos de los acontecimientos reconociendo los contenidos históricos en que han jugado diferentes papeles o han estado ausentes. El genealogista se deja decir o reclamar algo por el sentido histórico pero en absoluto para encontrarse con la verdad y el ser, sino para aprehender la exterioridad de los sucesos y designar el “no lugar” de conflicto de las relaciones de poder. La tesis aquí consiste en pensar la genealogía como la posición y *posicionalidad* ante el objeto y la posibilidad de abrir márgenes inéditos de investigación en el espacio de lo pensable o impensado. Los hilos centrales de la argumentación se encuentran en Nietzsche, Foucault y Borges; no obstante, desde la intemperie, lugar en el que acontece la experiencia desnuda del orden, se hacen proposiciones de sentido para investigar desde la genealogía.

Palabras clave: genealogía, retornos de saber, saberes dominados, genealogista.

Abstract: Genealogy is grey because it refers to what is founded on documents; its task is to capture the returns of events by recognizing the historical contents were they have played different roles or have been absent. The genealogist lets himself say or claim something for the historical sense but absolutely not to meet with the truth and the being but to apprehend the exteriority of the events and designate the “non-place” of conflict of power relations. The thesis here consists in thinking of the genealogy as the position and positionality before the object and the possibility of opening unprecedented margins of investigation in the space of the thinkable or unthinkable. The central threads of the argument are found in Nietzsche, Foucault and Borges; however, from the outdoors, the point where the naked experience of the order is taking place, propositions of meaning are made to investigate from the genealogy.

Keywords: genealogy, return of knowledge, dominated knowledge, genealogist.

En su ser que espera y olvida, en ese poder de disimulo que borra toda significación determinada y la existencia misma de aquel que habla, en esa neutralidad gris que es el refugio esencial de todo ser y que libera así el espacio de la imagen, el lenguaje no es ni la verdad ni el tiempo, ni la eternidad ni el hombre, sino la forma siempre deshecha del afuera.

Michel Foucault, *El pensamiento del afuera*

Este fragmento lo escribimos entre todos o, al menos, entre ambos, unas veces él, otras veces yo, incluso, en no pocos momentos, nos encontramos tanto en el pensar como en el escribir. Quizás era así en el desorden, pero con el acaecimiento de ecos indefinidos, y tal vez infinitos, la mejor forma en que podía tejerse aquello que aparecía como una maraña difícil de hacer inteligible. Así, sobrevinieron las múltiples figuras, personalidades, temperamentos, identidades y otras cosas más que forman parte de mi “ser ahí” y “estar ahí” como sujeto complejo (del latín *complexus*), entonces, la persona con su pasado histórico y el genealogista investigador se apreciaron más en la discusión que en el acuerdo; no obstante, con la intención de tramar los hilos argumentativos de un discurso productor de la exterioridad del acontecimiento por encima de una idea de verdad que, desde el instante mismo, era ya debatible, pues, “el valor de la verdad debe ser puesto en entredicho alguna vez, por vía experimental” (Nietzsche, 2015: 220).

Así pues, ‘Dejo a los varios porvenires (no a todos) mi jardín de los senderos que se bifurcan’ (Borges, 2010: 96). Si se aplica un procedimiento fragmentario al pensamiento anterior, entonces diré, la segunda parte de éste, es para referirme, por un lado, a una genealogía que trabaja con un sinnúmero de documentos desordenados y garabateados y, por otro lado, a la actuación fuera de toda disciplina u orden seguido para hacer dialogar, discutir o propiciar resonancias entre los contenidos ovillados en la red discursiva. Mientras que la frase: *varios porvenires (no a todos)*... plantea cruces con el tiempo, más que con el espacio, de los acontecimientos analizados por el genealogista.

Las tres piezas del escrito aparecen como fragmentos genealógicos que proyectan proposiciones de sentido buscando matizar una genealogía o, mejor dicho, múltiples genealogías y, al mismo tiempo, aportan elementos para el diálogo y la discusión. Pensar la genealogía no es para considerar que “el pensar se deja reclamar por el ser para decir la verdad del ser” (Heidegger, 2013: 16), por el contrario, este pensar escucha la historia efectiva o el sentido histórico para descubrir las marcas singulares de los acontecimientos y designar el “no lugar” de conflicto de las relaciones de poder. Se advierte a la genealogía como un estar, como lo que permite al yo genealogista asumir una postura en diagonal, como la posición y la *posicionalidad*¹ frente al objeto de investigación, como

1. Se asume una posición y, a un tiempo, una *posicionalidad* porque el investigador no sólo se sitúa o está situado frente al objeto, sino que está dentro o implicado en la investigación, se construye y deconstruye con el objeto, y critica, impugna o coloca como una verdad entre paréntesis el conocimiento construido.

aquello que abre los márgenes investigativos hacia lo impensado. *Genealogía, heterotopía y heterocronía del espejo*, se trata de un fragmento que detiene la reflexión en los cruces de tiempos y espacios tramados en el análisis de la genealogía; en cambio, *Genealogía de saberes* es la multiplicidad que traza relaciones de vecindad entre lo gris, los bajos fondos, los pliegues, los saberes dominados, la procedencia y la emergencia; por otra parte, en *el yo genealogista*, última pieza de este escrito, se percibe al personaje polifacético implicado en el territorio de la investigación.²

1. Genealogía, heterotopía y heterocronía del espejo

Nos acecha el cristal. Si entre las cuatro paredes de la alcoba hay un espejo, ya no estoy solo. Hay otro. Hay el reflejo que arma en el alba un sigiloso teatro.

Jorge Luis Borges, *Los espejos*

Pensar a la genealogía como heterotopía y heterocronía del espejo me lleva, inevitablemente, a seguir algunos caminos argumentativos en Nietzsche y en Foucault; no obstante, paradójicamente, se vuelve una exigencia prescindir de ciertas esferas de saber establecidas, pues, se trata, hasta cierto punto, desde la intemperie, considerar lo que ha permanecido oculto, cifrado e insondable. En cierto modo, es la encomienda que, implícitamente, parecen sugerir ambos filósofos. Te abren un sendero para pensar, ya en sus dominios comprendes, interpretas, discutes, dialogas o explotas lo que está al alcance de tus posibilidades y, después, eres arrojado a campo abierto, a vivir la “experiencia del afuera”, a inventar y a hacer proposiciones de sentido.

La genealogía es una malla de saber, poder y experiencia de sí tramándose con hilos que cruzan el tiempo y el espacio. Se descubre como emplazamientos en tanto demarca relaciones de vecindad entre lo discursivo, lo no discursivo o, entre ambos elementos. Es una especie de combinación de utopía y heterotopía. Si se parte de decir la utopía es un “no-lugar”, es básico sostener que el espejo es un lugar sin lugar real; por tanto, el genealogista se descubre donde está ausente, o sea, está y no está en ese lugar en el que se observa. Se desplaza a los bajos fondos pero sólo para removerlos y, entonces, una vez

2. Se utiliza la palabra “yo” en minúsculas porque alude a un “yo genealogista” no único y absoluto que manipula al objeto de investigación o hace con él lo que quiere, sino porque puede adquirir diversos nombres, esto es, se trata de un investigador heterogéneo que se deja decir algo por el objeto y le dice también algo al objeto y, sobre todo, desarrolla un trabajo hermenéutico del que deviene una interpretación rigurosa, pero de ningún modo descarta otras interpretaciones posibles.

que lo heterogéneo emerge a la superficie, efectúa el análisis de las cosas, de los acontecimientos. Se advierte en lo profundo,³ en ese espacio de ilusión que actúa como impugnación del espacio desde el cual deviene su emplazamiento; no obstante, su trabajo se desarrolla en la exterioridad, en los pliegues o en los repliegues de ésta. Así pues, la pregunta ¿por qué la genealogía es, en parte, una utopía del espejo?, asiente enunciar el discurso del genealogista cuya red textual interrelaciona el pensamiento del adentro y el pensamiento del afuera para liberar un lenguaje con un contenido que expresa:

En el espejo me veo donde no estoy, es un espacio irreal que se abre virtualmente tras la superficie; estoy allá lejos, allí donde no estoy, soy una especie de sombra que me da mi propia visibilidad, que me permite mirarme allí donde estoy ausente: utopía del espejo. (Foucault, 1999: 435)

La genealogía es también una heterotopía del espejo puesto que éste existe realmente y posee la propiedad de reflejar la posición del genealogista. En el espejo el genealogista advierte su ausencia en el sitio que reside, ya se descubre en un espacio otro, en un espacio que representa, invierte e impugna el emplazamiento real que ocupa.⁴ En este contraemplazamiento desarrolla una actividad de buzo o como de quien va a bordo de un navío submarino removiendo los bajos fondos para desvelar la singularidad de los acontecimientos; esto es, lo diferente, lo específico, lo discontinuo, lo

3. Para Foucault, la profundidad no refiere de ningún modo a la interioridad, en cambio, sí a la exterioridad. Esto es, implica una fuerte crítica a lo que, desde ecos nietzscheanos, se denomina profundidad ideal o de conciencia por asentir la resignación, la hipocresía y la máscara; lo cual queda al descubierto cuando el intérprete (analista), al descifrar y diagnosticar saberes, desciende a través de un camino que lo conduce al encuentro con la verdad o la *esencia exacta de la cosa* (el ser), del acontecimiento. No obstante, el genealogista, ante el peligro de lo que se muestra fácil de comprender y, por ende, del engaño que provoca la apariencia, *revuelve los bajos fondos* para producir sentido a partir de una exterioridad lúcida que ha sido soterrada, disfrazada y silenciada; es decir, trabaja desde el doblez, el pliegue, la curvatura y la inflexión localizadas en la superficie de un terreno rugoso de la realidad que investiga. “Y la profundidad es restituida ahora como secreto absolutamente superficial... a medida que el mundo llega a ser más profundo bajo la mirada” (Foucault, 1995: 39).

4. Este sitio, en el que el genealogista localiza su presencia, lo coloca frente a la posibilidad de una hermenéutica, de una interpretación, de un análisis del que deviene cierto sentido liberado por medio del lenguaje, en forma tal que él es reenviado “en un perpetuo juego de espejos [para desarrollar dicha tarea]” (Foucault, 1995: 37).

disperso y la regularidad de éstos se manifiestan en la exterioridad. Como se ha dicho, este personaje irrumpe en las profundidades de lo decible y lo visible, de los documentos, para efectuar el análisis y la interpretación de lo que aparece enmarañado tanto en lo discursivo como en lo no discursivo. En una palabra, la genealogía es una heterotopía porque se analiza e interpreta desde un espacio otro, a saber, desde una perspectiva en diagonal. Ahora bien, si algún pronunciamiento efectúa el genealogista desde ese espacio otro, es para decir:

Desde el espejo me descubro ausente en el sitio en que estoy, ya me veo allá lejos. A partir de esa mirada que en cierto sentido se dirige hacia mí, desde el fondo de este espacio virtual que está del otro lado del cristal, regreso hacia mí y comienzo a dirigir mis ojos hacia mí mismo y a reconstruirme allí donde estoy; el espejo funciona como una heterotopía en el sentido en que hace que este sitio que ocupó en el momento en que me miro en el cristal sea absolutamente real, en relación con todo el espacio que lo rodea. (Foucault, 1999: 435)

Por otra parte, la genealogía es una heterocronía porque, al localizar la rareza de los acontecimientos o, en todo caso, de lo decible y lo visible, su análisis también contempla tiempos diferentes, impensados o difícilmente observados. A saber, cuando la genealogía consigue iluminar “el juego de la rareza impuesta con un poder fundamental de afirmación” (Foucault, 2016: 68), relaciona periodos históricos en los que sucedieron ese mundo de cosas dichas y no dichas. En otras palabras, ésta vincula distintos episodios por medio de los cuales es posible aprehender el comienzo, el desarrollo, la transformación o, incluso, la ausencia de ciertos dominios discursivos o no discursivos que acontecen en torno a un objeto de investigación, pues, “la genealogía estudia su formación dispersa, discontinua y regular a la vez” (Foucault, 2016: 64).

En efecto, la genealogía, en su correspondencia como heterotopía, es una heterocronía; es decir, configura un espacio de dispersión cuya red trama tiempos diferentes en torno a los acontecimientos y, desde esos tiempos otros que son, a la vez, los del genealogista, deviene el análisis y la interpretación sobre lo decible y lo visible. Sin duda, “de un modo general, en una sociedad como la nuestra, heterotopía y heterocronía se organizan y se disponen de una forma relativamente compleja” (Foucault, 1999: 438). Fundamentalmente, aparecen regímenes discursivos y no discursivos que se acumulan y se mantienen en el tiempo aunque no invariablemente o, al contrario,

con cierta vigencia en un periodo histórico específico y luego desaparecen por diferentes circunstancias. De tal modo, es factible su análisis en su modalidad diacrónica o sincrónica, según sea el caso; esto es, a través de diferentes momentos en que es posible captar su sentido histórico, o bien en alguna época en particular. En definitiva, la genealogía como heterocronía contempla todos aquellos cambios que ocurren desde el comienzo hasta la finalidad última de las cosas dichas y no dichas; no obstante, esto no debe entenderse en el marco de una linealidad, sino en su dispersión, discontinuidad y regularidad.

2. Genealogía de saberes

Yo ando muy lejos de pretender semejante cosa. No asevero que la actitud teórica sea la suprema; que debamos primero filosofar, y luego, si hay caso, vivir. Más bien creo lo contrario. Lo único que afirmo es que sobre la vida espontánea debe abrir, de cuando en cuando, su clara pupila la teoría, y entonces, al hacer teoría ha de hacerse con toda pureza, con toda tragedia.

José Ortega y Gasset, *Confesiones de El Espectador*

La genealogía tiene como gran tarea el análisis de las prácticas sociales de distintos tipos de saberes, en particular, la imbricación de las formas discursivas y las formas no discursivas, los enunciados y las evidencias, las palabras y las cosas; dicho de otra manera, el análisis de dominios de saber en términos de relaciones de fuerzas, de tácticas, de estrategias o de relaciones de poder en torno al acontecimiento u objeto de estudio.

Si alguna coloración ha de tener la genealogía ha de ser *el gris*; a saber, por este color sombrío, quiero decir “lo fundado en documentos, lo realmente comprobable, lo efectivamente existido, en una palabra, toda la larga y difícilmente descifrable escritura jeroglífica del pasado” (Nietzsche, 2015: 34). No obstante, no es conveniente asumir que el gris integra un conjunto homogéneo de pergaminos, ni mucho menos de lo que en ellos se halla escrito o se hace visible; antes bien, se descubre un acervo heterogéneo en el que cada pieza tiene su respectivo peso, al igual que los saberes allí localizados. Es, precisamente, el peso lo que asiente experimentar la particularidad, la rareza de los acontecimientos; se accede, por tanto, a sendas desordenadas, garabateadas y diferenciadas por sus respectivos matices. Al fin y al cabo, la genealogía “es meticulosa, y pacientemente documental. Trabaja con pergaminos embrollados, borrosos, varias veces reescritos” (Foucault, 2014: 11). Por otra parte, escudriña la complejidad del lenguaje que se enuncia en lo decible o corresponde al mundo icónico de las imágenes de lo visible.

Hacer genealogía consiste en ocuparse de lo meticuloso y azaroso de los sucesos. Por consiguiente, es fundamental que el genealogista despliegue toda una actitud filosófica y una inquietud de sí para allanar en los intersticios de lo discursivo y lo no discursivo *revolviendo los bajos fondos*. De tal modo, exterioriza la rareza o singularidad de los acontecimientos en torno al cúmulo de materiales sobre los que opera con un saber minucioso. Sin más, asume como tarea primordial “encontrarlos allí donde menos se los espera y en aquello que pasa por no tener nada de historia —los sentimientos, el amor, la conciencia, los instintos—” (Foucault, 1992: 7). En efecto, el acontecimiento deviene allí donde es posible localizar microfisuras, rupturas, accidentes, exterioridades, diferencias, comienzos; en una palabra, puntos de inflexión. En el influjo de ciertos regímenes de saber emergen siempre algunos discordantes que, por lo mismo, es posible sean descartados por cualquier otra mirada investigativa; no obstante, el atisbo del genealogista se dirige hacia esos dominios de saber que actúan como disonantes y escapan a la lógica de la homogeneidad.

La genealogía tiene un interés muy fuerte en captar el retorno de los acontecimientos, esto es, los *retornos del saber*, pero en absoluto para “trazar la curva lenta de una evolución, sino para reconocer las diferentes escenas en las que han presentado distintos papeles; definir incluso el punto de su ausencia, el momento en el que no han sucedido” (Foucault, 2014: 12). De ahí que la genealogía no es pensada como el desarrollo de una serie de pasos ligados a un proceso investigativo, por el contrario, ilumina las condiciones bajo las cuales el genealogista localiza la singularidad de los acontecimientos; esto es, la genealogía escucha, se deja decir algo por los saberes, por lo discursivo y no discursivo, de tal modo, dialoga con ellos. Así pues, se deja reclamar por el objeto, produce una relación dialógica, pero en absoluto para encontrarse con la verdad y el ser, sino para descubrir y restituir la exterioridad del acontecimiento.

Cabe observar que cuando enuncio la expresión *retornos del saber* es para referirme a ciertos contenidos históricos que no han formado parte de un saber común, un buen sentido, una cientificidad exigida y que, por lo tanto, han permanecido en los márgenes, en regiones insospechadas y, hasta cierto punto, empolvados, encubiertos, incluso, acicalados, lo cual dificulta detener la reflexión en ellos. Sin embargo, el genealogista trabaja con el sentido histórico y la historia efectiva, pues, bien, es aquí donde aparecen enmarcados lo que Foucault (1992) coloca bajo el título de *saberes sometidos*. Estos saberes sometidos son una especie de *contrahistoria*, un *saber histórico de la lucha*; en otras palabras, “bloques de saberes históricos que estaban presentes y soterrados en el

interior de los conjuntos funcionales y sistemáticos, y que la crítica ha hecho reaparecer, evidentemente a través del instrumento de la erudición” (Foucault, 1992: 128-129).

De esto último, se desprende una curiosa paradoja, pues, los saberes sometidos han permanecido subordinados bajo el imperio del saber de la erudición y, es precisamente, esa erudición la que los restituye en su exterioridad. No obstante, no se trata de cualquier erudición, sino de la erudición del genealogista, el cual asume una perspectiva dinámica siempre en diagonal, desordenando los bajos fondos. Ahora bien, auxiliándome del discurso de Foucault (1992), es posible considerar los saberes sometidos en dos direcciones: por un lado, los contenidos históricos enmascarados por la fuerza o la potencia con que aparecen frente a sí las coherencias funcionales o sistematizaciones formales del saber; por otro lado, se incluye a una serie de saberes dispersados por medio de categorías que los refieren como incompetentes, poco elaborados, bajos, no cualificados, paralelos, marginales, incluida una infinidad de términos que busca encajonar y comprimir su sentido. En cambio, como conjunto heterogéneo se resisten a la unanimidad y universalidad puesto que son saberes de la gente, locales, regionales, diferenciados; y es mediante la aparición de estos saberes de donde deviene la actitud filosófica, la actitud crítica del genealogista.

Sin duda, esta diversidad de saberes o, mejor dicho, *genealogía de saberes* o *fragmentos genealógicos* viene a ser el campo abierto, de dispersión, en el cual opera el genealogista con el difícil reto de tramar los saberes soterrados de la erudición y los desmerecidos por el estatuto del conocimiento y la ciencia. Luego, entonces, agitar los bajos fondos para aprehender los acontecimientos en su exterioridad, implica, para Foucault (1992), *redescubrimiento conjunto de la lucha y memoria directa de los enfrentamientos* entre ambos dominios de saber. Entendido así, la genealogía consiste en el “acoplamiento de los conocimientos eruditos y de las memorias locales que permite la constitución de un saber histórico de la lucha y la utilización de ese saber en las tácticas actuales” (Foucault, 1992: 130).

Por lo tanto, para Foucault (1992), si bien la genealogía es anti-ciencia, no se pretende oponer la multiplicidad concreta de los hechos a la unidad abstracta de la teoría, tampoco de menoscabar el elemento especulativo y reverenciar un conocimiento consolidado que ha sido acreditado por un rigor y científicismo banal. Así como no es un empirismo, de igual forma, la genealogía no es un retorno positivista a un tipo de ciencia cada vez más meticulosa y exacta o, en su caso, una reivindicación del derecho lírico de la

ignorancia o el no-saber. Lo que se interpela es “hacer entrar en juego los saberes locales, discontinuos, descalificados, no legitimados, contra la instancia teórica unitaria que pretende filtrarlos, jerarquizarlos, ordenarlos en nombre del conocimiento verdadero y de los derechos de una ciencia que está detentada por unos pocos” (Foucault, 1992: 130). Sobre todo, cuando dicha instancia teórica opera con una visión tecnocrática y una economía política del conocimiento, pues, el espíritu investigativo ha sido invadido por completo por la política, es decir, por el homenaje que rinde la teoría a la utilidad⁵. “*Y esto, hacer de la utilidad la verdad, es la definición de la mentira. El imperio de la política es, pues, el imperio de la mentira*” (Ortega y Gasset, 2016: 26). Muy a pesar de ello, política se hace en las instituciones, en las escuelas, en las academias, en el libro de poesía, en la narrativa, en el espacio de reclusión del monje, incluso, en la morada del *sacerdote enmascarado*; aunque ese no es el verdadero problema, lo realmente problemático es cuando lo utilitario se entroniza en nuestra vida mental, en la conciencia, en el pienso, y también en el hablo.

En su actividad, la genealogía es insurrecta, cuestiona contenidos, métodos o conceptos custodiados por una ciencia dominante; más aún, impugna los efectos de un saber absoluto abrigado en los organismos académicos y de un discurso científico organizado en la sociedad actual del capitalismo neoliberal. Además, bajo el entendido de que la genealogía pone en circulación una multiplicidad de saberes sometidos, “debe dirigir la lucha contra los efectos de poder de un discurso considerado científico” (Foucault, 1992: 130). Para decirlo brevemente, la genealogía es una especie de fenómeno para liberar a las memorias locales, a los saberes históricos de la gente y, así, dotarlos de una capacidad de respuesta y lucha contra el despliegue de un discurso científico, teórico, homogéneo y formal. Ese es el proyecto de una genealogía que es desordenada, fragmentaria y especulativa.

Ahora bien, a través de lo expuesto, se ha dejado en claro que la genealogía escucha la historia, en particular, la historia efectiva y su sentido histórico. En contraste, rechaza la búsqueda del origen (*Ursprung*). En efecto, siguiendo a Foucault (2014), la oposición a tal tarea es porque la búsqueda de tal origen implica encontrar la *esencia exacta de la cosa*, lo que ya existía; representa también un quehacer metafísico que supone localizar lo más perfecto, lo que hay de más precioso y resplandeciente respecto a los sucesos,

5. “Situada en su rango de actividad espiritual secundaria, la política o el pensamiento de lo útil es una saludable fuerza de que no podemos prescindir... [No obstante,] la expresión extrema de ello puede hallarse en esa filosofía pragmatista que descubre la esencia de la verdad, de lo teórico por excelencia, en lo práctico, en lo útil” (Ortega y Gasset, 2016: 26).

sin más, narrar el origen se convierte en el canto de una teogonía⁶. Y es que si el intérprete, como buen escudriñador, sigue una ruta vertical para alcanzar los bajos fondos, es para revelar que allí está el lugar de la verdad y del ser. Después de todo, la genealogía va al encuentro de lo externo, lo accidental y lo diferente; investiga a partir de las cosas que están sin esencia o, en su caso, ésta haya sido construida fragmentariamente a partir de lo desconocido; manifiesta una actitud crítica dispuesta a disolver las presunciones absolutas desde un comportamiento provocador e irónico. El mapa de sus desplazamientos se configura desde lo indefinido; es decir, las líneas que establecen una red de relaciones transversales presentan rupturas y discontinuidades, lo que no implica seguir una serie ordenada en el análisis del acontecimiento histórico.

Máxime, la genealogía efectúa su análisis e interpretación en lo discordante y en el disparate de los acontecimientos, aspectos que se localizan en el comienzo histórico, cardinalmente, en la procedencia (*Herkunft*) y en la emergencia (*Entstehung*) históricas. Para Foucault (2014), *Herkunft* es la fuente, la procedencia. Su análisis admite al genealogista percibir las marcas diferentes, singulares y anormales tramadas en el comienzo histórico en torno al aspecto único de un signo, de un símbolo, de una imagen, de un concepto, o de una palabra. En efecto, pensar la procedencia es:

Mantener lo que pasó en la dispersión que le es propia: es percibir los accidentes, las desviaciones ínfimas —o al contrario los retornos completos—, los errores, los fallos de apreciación, los malos cálculos que han producido aquello que existe y es válido para nosotros; es descubrir que en la raíz de lo que conocemos y de lo que somos no están en absoluto la verdad ni el ser, sino la exterioridad del accidente. (Foucault, 1992: 13)

La procedencia histórica se compone de un conjunto de pliegues, de fisuras, por lo que el genealogista tiene la tarea de remover, fragmentar

6. Este término se le atribuye a Hesíodo con la publicación de su *Teogonía*, obra poética que narra la cosmogonía griega y que, presumiblemente, se dio a conocer entre los siglos VII y VIII a. C. Así pues, la teogonía explica el origen y, por tanto, la genealogía de los dioses. De tal modo, busca esa identidad primera, aquello que existe de más pulcro, puro y absoluto. A medida que el analista va a la búsqueda del origen, se aproxima a su encuentro con la esencia de las cosas, con la génesis de lo que ya existe, con la obra perfecta; es decir, a vivir la ilusión de haber localizado la rareza de los acontecimientos respecto al objeto, pues el canto de las sirenas lo ha sumergido en la experiencia de una teogonía.

y mostrar a partir de su sentir, pensar, conocer y actuar en diálogo con el objeto, lo heterogéneo que se encuentra en el comienzo histórico. Por cierto, si algún lugar de inscripción tiene la *Herkunft* este es el cuerpo, por lo cual, “la genealogía, como análisis de la procedencia, está, pues, en la articulación del cuerpo y de la historia. Debe mostrar el cuerpo totalmente impregnado de historia, y la historia arruinando el cuerpo” (Foucault, 2014: 32). El cuerpo exterioriza el estigma de los acontecimientos históricos, de él provienen las debilidades, los deseos y los errores: en él se manifiestan claramente articulados, pero, a un tiempo, sienten ese borrarse en medio de una lucha constante.

Por lo que se refiere a la *Entstehung*, para Foucault (2014), designa la *emergencia*, el punto de surgimiento. Lo que investiga la genealogía con el análisis de la emergencia es cómo el acontecimiento histórico está atravesado por estrategias, tácticas o, mejor dicho, por relaciones de fuerzas o relaciones de poder. “La emergencia es pues, la entrada en escena de las fuerzas; es su irrupción, el movimiento de golpe por el que saltan de las bambalinas al teatro, cada una con el vigor y la juventud que le es propia” (Foucault, 1992: 16). En este juego de fuerzas se descubre un ejercicio desigual; es decir, unos hombres dominan a otros hombres desde el lugar de conflicto simbolizado por la emergencia. En este caso, es importante decir que se trata de la invención de un lugar como una ilusión, más no de un espacio en el que los contendientes luchan en igualdad de condiciones en un sitio cerrado; es más bien, “un ‘no lugar’, una pura distancia, el hecho de que los adversarios no pertenezcan al mismo espacio. Nadie es, pues, responsable de una emergencia, ni nadie puede vanagloriarse de ella; siempre se produce en el intersticio” (Foucault, 2014: 38).

En otras palabras, diversas actuaciones, a propósito de una obra, están representadas en un teatro sin lugar; como se ha dicho, la *Entstehung* se produce en un estado de fuerzas. Es importante subrayar que “la procedencia designa la cualidad de un instinto, su grado o su debilidad, y la marca que éste deja en un cuerpo, la emergencia designa un lugar de enfrentamiento” (Foucault, 1992: 16). Lo cierto es que mientras la *Herkunft* pretende percibir todas las singularidades de los sucesos revolviendo los bajos fondos, la *Entstehung* debe mostrar el conflicto de fuerzas acaecido en un “no lugar”. En el análisis histórico de la procedencia y la emergencia, el genealogista está implicado en los juegos de saber y de poder que atraviesan los acontecimientos.

Sin embargo, las múltiples emergencias que el genealogista puede llegar a descubrir, en torno a un objeto de investigación, conciernen a figuras discontinuas de una misma significación, más no a figuras continuadas, pues el sentido y la finalidad

última guardan distancias importantes respecto al sentido y a la finalidad halladas en el comienzo histórico de las cosas o, bien, respecto a su presencia o ausencia advertida en cualquier otra escena histórica. De ahí que se entienda que “son más bien efectos de sustituciones, emplazamientos y desplazamientos, conquistas disfrazadas, desvíos sistemáticos (Foucault, 1992: 18). Después de todo, el genealogista busca alejarse de un análisis cuya pretensión sea desvelar gradualmente una significación escondida en el origen, eso sería revelar la esencia literal de las cosas, un calco de lo existente sin nada nuevo por mostrar, y esa es una tarea de la Metafísica. Su interpretación se ampara en reglas subalternas que delinquen una significación esencial, por tanto, interpretar el acontecimiento es “imponerle una dirección, plegarlo a una nueva voluntad, hacerlo entrar en otro juego y someterlo a reglas secundarias” (Foucault, 2014: 42).

La genealogía implica participar de interpretaciones diferentes, siempre hay una pluralidad de ellas, una constelación, lo cual concibe a la interpretación como un arte, pues, ante el artificio o teatro de los métodos —con sus ordenamientos y formas preestablecidas apriorísticamente—, adviene la emergencia de acontecimientos caracterizados por su singularidad, contingencia o novedad, por tanto, la genealogía es meticulosa e inconfesable.

El sentido histórico, aquel que actúa como expresión de la historia efectiva, se convierte en el elemento privilegiado de la genealogía al romper con cualquier pretensión de un absoluto. Tanto es así que se trata de la “agudeza de una mirada que distingue, reparte, dispersa, deja jugar las separaciones y los márgenes —una especie de mirada disociante capaz de disociarse a sí misma” (Foucault, 1992: 19). Este saber histórico muestra los cambios, las contingencias, los diferentes papeles que han jugado los saberes dominados en distintos momentos, incluso en los que ha dejado de estar presente este mundo de cosas dichas y no dichas. La historia efectiva produce los sucesos en lo que pueden tener de discontinuos, de singulares y en el modo en que hacen su aparición en la exterioridad, de manera que el genealogista elabora un nuevo saber a partir de un saber histórico que se asume en perspectiva⁷. Es decir, se mueve en una

especie de juegos de saber para inventar, maquinar o fabricar un discurso diferente, un espacio desnudo, una realidad y, a un tiempo, fracturar los influjos de verdades que se resisten a perder su dominio y las razones de su vitalidad. En pocas palabras, acontece la invención de algo nuevo, el genealogista produce sentido, pues, para Deleuze (2005), éste no es principio u origen, sino producto, por tanto, el sentido no se descubre, restaura o reemplaza, sino que se produce, haciendo mapa, trazando líneas de fuga y mediante un pensar que actúa como *máquina de guerra*; es decir, más que un sentido hay una pluralidad, multiplicidad o constelación de sentidos.

Desde luego, la historia efectiva emplaza la inconstancia de los sucesos, presenta su actitud hostil hacia la pretendida continuidad y, bajo sus reglas interpretativas, fragmenta y zanja los dominios de saber interpelados como parte del análisis del genealogista. De ahí que el acontecimiento en su rareza se entienda como “una relación de fuerza que se invierte, un poder que se confisca, un vocabulario recuperado y vuelto contra los que lo utilizan, una dominación que se debilita, se distiende, ella misma se envenena, y otra que surge, disfrazada” (Foucault, 2014: 48). Esto es, las fuerzas que participan de las relaciones de los juegos de saber y de poder en la historia, se desarrollan en el terreno azaroso del acontecimiento, más no en el designio de lo predeterminado y mecanicista. Visto así, el sentido histórico privilegiado por la genealogía reconoce un espacio de dispersión en el que las referencias y las coordenadas de los acontecimientos no se cruzan con el origen de las cosas, sino con un sinnúmero de saberes dominados, olvidados y encubiertos por el saber erudito.

El recorrido a través del cual se ha tejido hasta ahora este mapa discursivo representa, espero, un suelo argumentativo firme para sostener que no sería un tanto correcto hablar de una genealogía, sino de *investigaciones genealógicas múltiples*; de tal modo, se está en el camino de desterrar el absolutismo de los discursos globalizantes junto al estatus y a la prerrogativa de la vanguardia teórica. Dado que cada objeto se mueve o está imbricado en una serie de sucesos que marcan su dinamismo, la genealogía también abre sus márgenes; en términos de Deleuze y Guattari (2014), ésta cruza territorialidad, desterritorialidad y reterritorialidad en la red heterogénea de una investigación.

7. Michel Foucault señala que, cuando Nietzsche expresa que el conocimiento es siempre una perspectiva, lo que éste quiere manifestar es “el hecho de que sólo hay conocimiento bajo la forma de ciertos actos que son diferentes entre sí y múltiples en su esencia, actos por los cuales el ser humano se apodera violentamente de ciertas cosas, reacciona a ciertas situaciones, les impone relaciones de fuerza. O sea, el conocimiento es siempre una cierta relación estratégica en la que el hombre está situado. Es precisamente esa relación estratégica la que definirá el efecto del conocimiento y, por esta razón, sería totalmente contradictorio imaginar un conocimiento que no fuese en su naturaleza obligatoriamente parcial, oblicuo, perspectívico. El

carácter perspectívico del conocimiento no deriva de la naturaleza humana, sino siempre del carácter polémico y estratégico del conocimiento. Se puede hablar del carácter perspectívico del conocimiento porque hay batalla y porque el conocimiento es el efecto de esa batalla” (Foucault, 2011: 30-31).

3. El yo genealogista

*Soy el que pese a tan ilustres modos de errar, no
ha descifrado el laberinto singular y plural, arduo
y distinto, del tiempo, que es uno y es de todos.
Soy el que es nadie, el que no fue una espada en la
guerra. Soy eco, olvido, nada.*

Jorge Luis Borges, *Soy*

Epígrafes como *La biblioteca de Babel*, *El jardín de los senderos que se bifurcan* y *Las ruinas circulares*, son tres de las siete piezas que componen el libro de *Ficciones* de Borges; no obstante, estos títulos en combinación con la *Genealogía de la moral* de Nietzsche y *La hermenéutica del sujeto* (en particular, la inquietud de sí) de Foucault, desordenan el pensamiento o, en su caso, colocan al lector frente a una experiencia desnuda del orden y, en paralelo, en una postura en diagonal que asienten hacer el mapa discursivo de lo que aquí se expone. Esto es, se actúa radiográfica y cartográficamente para establecer rupturas y desmarcarse sin desconocer los límites para desarrollar un trabajo en términos de una genealogía, una hermenéutica y una interpretación; de tal modo, caracterizar al yo genealogista, al genealogista en general, sin que esto se entienda como la anulación de la singularidad de este personaje, más bien, éste no comienza, no acaba, está en medio, es el genealogista ante el espejo; a saber, el genealogista se ve a sí mismo y se reconoce en la genealogía.

El yo genealogista, el que hace genealogía, analiza e interpreta una heterogeneidad de dominios entrelazados al acontecimiento que enmarca y, a la vez, está enmarcado en un objeto de investigación, esto es, las relaciones entre las esferas del saber, del poder y la que incluye el cuerpo. Elabora, impugna, reordena y piensa sobre un universo heterogéneo y gris que comprende la legión de documentos sobre los que se funda y, a un tiempo, se dilata el acervo de escritura que aparece como abrupta e ininteligible; es decir, lo decible y lo visible, lo discursivo y lo no discursivo, las palabras y las cosas.

El escenario, la atmósfera, el territorio, el paraje o, cualquier cosa que se le parezca, es para el genealogista la tela de araña o el tejido que trama la red heterogénea, variable e inconmensurable sobre la que desciende a los bajos fondos. "Por ahí pasa la escalera espiral, que se abisma y se eleva hacia lo remoto" (Borges, 2010: 77); es decir, el bucle o la figura acaracolada que posibilita los emplazamientos, ir de un lugar a otro, a un sitio circunstancial, a los márgenes, a las regiones insondables, a lo insospechado y a lo improbable. En una palabra, a lo impensado, a ese archivo monumento o *monumento de archivo* cuya inspección de sus registros arroja luminosidad para diagnosticar el acontecimiento y el objeto, pues alude

al corpus heterogéneo de textos determinado para el análisis genealógico con el propósito de liberar a los sujetos, los objetos, los significados y los sentidos en el espesor del lenguaje. O sea, se trata de alcanzar un análisis y una interpretación con trazos transversales, continuos y cambiantes, dado que a menudo, dice Borges (2010), *la luz procede de unas frutas esféricas* que requieren ser revisadas a profundidad; esto es, la genealogía trabaja con documentos que exigen ser descifrados, comprendidos e interpretados en espiral, lo que coloca al investigador en una tesitura para pensarse de otro modo y posesionarse en diagonal.

El archivo monumento, examinado por el genealogista, es como la gran biblioteca que se ha construido en torno a lo que se quiere investigar, pues, "la Biblioteca es una esfera cuyo centro cabal es cualquier hexágono, cuya circunferencia es inaccesible" (Borges, 2010: 78); es decir, las líneas que, paradójicamente, se unen y se alejan en su articulación, asintiendo una postura en diagonal, bordean un análisis que se desarrolla sobre un escenario desordenado, equiparable a una pintura cuyo lienzo es áspero en función de los matices con que ha sido pincelado por el artista. No obstante, es una tarea imprescindible del genealogista alcanzar las profundidades de lo enunciable y de lo visible, lo cual no debe entenderse como un desplazamiento hacia el interior del discurso y de lo no discursivo sino, por el contrario, como una orientación hacia las condiciones externas en que aparecen éstos. En otras palabras, llevar el adentro hacia afuera, esto es, restituir su exterioridad fulgurante que ha sido enmascarada, pues lo profundo implica los pliegues y repliegues de la superficie exterior desde la que se analiza e interpreta.

El yo genealogista describe, interpreta y analiza las formaciones discursivas y las formaciones no discursivas que se emplazan en los bajos fondos; busca el disparate y el desorden vinculados al comienzo histórico de las palabras y las cosas, pues, en la historia que comprende el umbral, el desarrollo y la transformación, lo decible y lo visible "corren el incesante albur de cambiarse en otros y que todo lo afirman, lo niegan y lo confunden con una divinidad que delira" (Borges, 2010: 78), como si hubieran permanecido invariables en el tiempo y en el espacio en que aparecen. Ahora bien, el investigador ha cumplido una de sus tareas primordiales en el momento en que diagnostica la singularidad del acontecimiento y del objeto, entonces, despliega un trabajo de verdadero genealogista.

Lo cierto es que el hombre gris besó el fango, repechó la ribera sin apartar (probablemente, sin sentir) las cortaderas que le dilaceraban las carnes y se arrastró, mareado y ensangrentado,

hasta el recinto circular que corona un tigre o caballo de piedra, que tuvo alguna vez el color del fuego y ahora el de la ceniza. (Borges, 2010: 78)

Así pues, el hombre gris es sombrío, taciturno, doliente y hermético, trabaja sobre sendas embrolladas en torno a los diversos documentos; sin embargo, desde el sur (como alguien que desciende a los bajos fondos pero, paradójicamente, piensa un análisis ascendente) como un proceder a ras de suelo y en perspectiva, esto es, desde y entre los pliegues, trata de restituir lo incoherente y vertiginoso por medio de la genealogía en términos de relaciones de fuerzas o relaciones de poder.

El genealogista es aquel que trabaja con ruinas circulares; es decir, con los mundos de cosas dichas y no dichas, con lo decible y lo visible que, a partir de su comienzo, emergencia, desarrollo y transformación, se han derruido parcial o completamente según el periodo histórico, las condiciones existentes y determinados sujetos. Dicho de otra manera, las palabras y las cosas no han permanecido invariables, en cambio, han infringido “su sentido, los deseos su dirección, las ideas su lógica... [Sobre todo, han] conocido invasiones, luchas, rapiñas, disfraces, astucias” (Foucault, 2014: 11). Es por ello que, para averiguar la singularidad del acontecimiento y del objeto de investigación, el genealogista efectúa una lectura en espiral o con circularidad, despliega una especie de filosofía del eterno retorno, no con el propósito de construir la parábola evolutiva de éstos, sino para localizar su rareza, el papel que han jugado, incluso los momentos en que han dejado de estar presentes. “En el mundo eterno retorno descansa sobre cada gesto el peso de una insoportable responsabilidad” (Kundera, 2015: 12-13); esto es, la carga pesada que soporta el genealogista, de manera paradójica, actúa a contrapelo, más que ser un obstáculo en el arte de la interpretación, se convierte en algo positivo. Cuanto más peso represente para él lo discursivo o lo no discursivo, en su propósito de aprehender la singularidad del acontecimiento y del objeto, más cerca estará de los bajos fondos, de la exterioridad, por tanto, más real y verdadera será su interpretación.

Ahora bien, en cierto modo, la tarea primordial del genealogista se desarrolla en *el jardín de senderos que se bifurcan*, pues, sigue caminos indefinidos que lo transportan a territorios de lo impensado y, a su vez, de éstos emergen nuevas posibilidades, al fin y al cabo, la genealogía marca comienzos, rupturas, discontinuidades y regularidades, no sigue un recorrido lineal sino transversal, en diagonal; además, todos los desenlaces acontecen como un punto de partida hacia nuevas bifurcaciones, sin desconocer

que los senderos del laberinto, en algún momento, se articulan, cuya lectura se traduce en una hermenéutica del sujeto, en un arte de la interpretación. De tal modo, el yo genealogista “crea, [sobre todo, inventa], así, diversos porvenires, diversos tiempos, que también proliferan y se bifurcan” (Borges, 2010: 97).

Ante las verdades incuestionables establecidas por los métodos que siguen ordenamientos rígidos, y no tanto rigurosos, el genealogista hace su propia experiencia de investigar, hay voluntad de verdad pero también límites a la interpretación, construye una verdad entre paréntesis, sospecha muy a pesar de su poder de enunciación. En la elaboración del objeto, en la advertencia del acontecimiento, los hilos de la palabra articulan “he confrontado centenares de manuscritos, he corregido los errores que la negligencia de los copistas ha introducido, he conjeturado el plan de ese caos, he restablecido, he creído restablecer, el orden primordial, he traducido la obra entera” (Borges, 2010: 97). La explicación es que la genealogía, *el jardín de senderos que se bifurcan*, es una verdad incompleta pero no falsa, otras interpretaciones son posibles.

En ese juego de relaciones entre sujeto y verdad, el genealogista busca privilegiar “la inquietud de sí” (*epimeleia heautou*) por encima del “conócete a ti mismo” (*gnothi seautou*). Como se sabe, para Foucault, la historia de la verdad en el periodo moderno asiente que “lo que da acceso a la verdad, las condiciones según las cuales el sujeto [el yo genealogista] puede tener acceso a ella, es el conocimiento, y sólo el conocimiento” (Foucault, 2004: 36), que en un sentido filosófico caracteriza a la segunda de las expresiones enunciadas. En cambio, la inquietud de sí viene a ser esa “especie de aguijón que debe clavarse allí, en la carne de los hombres, que debe hincarse en su existencia y es un principio de agitación, un principio de movimiento, un principio de desasosiego permanente a lo largo de la vida” (Foucault, 2004: 24). Así pues, en su interpelación al sujeto, manifiesta un modo de ser, una actitud, tácticas de reflexión, prácticas de sí que pretenden ser el puente para que el sujeto de *la humana piel de la palabra* tome distancia de los prestigios dominantes de la manera en que se accede a la verdad en la modernidad; antes bien, sea el territorio, el fundamento, a partir del cual se haga genealogía.

Si, como señala Foucault (2004), la inquietud de sí es una actitud con respecto a sí mismo, a los otros, al mundo; si designa acciones para que el hombre se ocupe de sí, se modifique, se purifique y se transfigure; y si, a un tiempo, son formas de reflexión para revivir la mirada, desde el exterior (y todo lo ahí localizable), hacia el pienso y lo que acontece en él, es factible pensar a un yo genealogista que, en su trabajo de analista e intérprete, reflexiona sobre las condiciones para restituir la singularidad de lo discursivo y lo no

discursivo del acontecimiento y objeto de su interés. Y, de manera conjunta, en los efectos que le producen como el sujeto que se preocupa de sí; es decir, como todo buen genealogista, es paciente y metódico ante lo que parece ininteligible en los diversos documentos de su análisis archivista y cartográfico. En otras palabras, emerge, aquí, esa actitud filosófica y espiritual que acompañan a su trabajo. Entiéndase a la filosofía o, mejor dicho, a la actitud filosófica como una forma de pensamiento que intenta distinguir “las condiciones y los límites del acceso del sujeto a

la verdad... [Y a la espiritualidad como] la búsqueda, la práctica, la experiencia por las cuales el sujeto efectúa en sí mismo las transformaciones necesarias para tener acceso a la verdad” (Foucault, 2004: 33). En definitiva, el sujeto de la inquietud de sí que habita en el genealogista, más que encontrarse en el horizonte de la verdad cuando deviene una transfiguración del sujeto mismo en su ser de sujeto, se encuentra con la exterioridad del acontecimiento.

Bibliografía

- Borges, J. L. (2010) *Ficciones*. Barcelona: Planeta / De Agostini.
- Deleuze, G. (2005) *Lógica del sentido*. Barcelona: Paidós.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2014) *Rizoma*. México D.F.: Fontamara.
- Foucault, M. (1992) *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.
- Foucault, M. (1995) *Nietzsche, Freud, Marx*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.
- Foucault, M. (1999) Espacios diferentes. En M. Foucault. *Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales. Vol. III*. (430-441) Barcelona: Paidós.
- Foucault, M. (2004) *La hermenéutica del sujeto*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2011) *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Gedisa.
- Foucault, M. (2014) *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Valencia: Pre-Textos.
- Foucault, M. (2016) *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets.
- Heidegger, M. (2013) *Carta sobre el humanismo*. Madrid: Alianza.
- Kundera, M. (2015) *La insoportable levedad del ser*. México D.F.: Tusquets.
- Nietzsche, F. (2015) *La genealogía de la moral*. Madrid: Alianza.
- Ortega y Gasset, J. (2016) *El espectador I y II*. Madrid: Alianza.